

La configuración de los usos gráficos romances en las escribanías leonesas durante la Edad Media

VICENTE J. MARCET RODRÍGUEZ
UNIVERSIDAD DE JAÉN

RESUME: Nel segundu terciu del s. XIII cuaya dafechu'l procesu que viniere dándose adules de magar el s. X nos *scriptoria* peninsulares: la sustitución de los usos gráficos llatinos polos romances. La necesidá de dar rempuesta a los nuevos retos escriturarios obligó a los escribanos a la esperimentación gráfica, valiéndose d'una parte de los curtiros medios de los que disponíen y d'otra de l'ampliación de los valores fonéticos de les grafíes yá esistentes. Esti trabayu céntrase nel estudiu de los soníos consideraos pol autor como más problemáticos: les consonantes palatales. El campu d'estudiu fínxase nos *scriptoria* del vieyu reinu de Lleón asitiaos al sur del cordal, nes llendes aproximadaes de l'actual provincia de León, seleicionando tres fondos documentales pa tener representación de les grandes subvariedaes dialectales: la oriental (Sahagún); la central (Catedral de Lleón); la occidental (Carrizo). Escúyese'l sieglu XIII por ser ésti un sieglu de gran importancia na historia de los usos gráficos lleoneses por un doble motivu: la mentada sustitución del llatín pol romance nel oficiu notarial y la entrada nos *scriptoria* lleoneses de los primeros fluxos castellanos, llueu de la xuntura definitiva de los dos reinos. **Pallabres-clave:** Usos gráficos llatinos, usos gráficos romances, procesu de sustitución, consonantes palatales, sieglu XIII, Lleón.

The configuration of the Romance graphic uses in the Leonese scriptoria during the Middle Ages

ABSTRACT: *During the second third of the 13th Century the process that had started little by little in the 10th Century in the peninsular scriptoria was accepted. It was the substitution of the Latin graphic uses by the Romance ones. The need of giving an answer to the new writing challenges, forced the court clerks to the graphic experimentation making use on one hand of the few resources they had and on the other hand, the widening of the phonetic values of the already existing written forms. This survey deals with the most problematic aspects from the author's point of view: palatal consonants. The field of study will be centred in the scriptoria from the ancient kingdom of Lleón placed in the south of the Cantabrian Mountain Range, in the proximities of the region of Lleón. Three big document sources have been chosen in order to have some representation of the three big dialectal sub varieties: oriental (Sahagún); central (Cathedral of León) and the occidental one (Carrizo). The century chosen is the 13th Century due to a double motivation: the already mentioned substitution of the Latin forms by the Romance ones in the notary work and the arrival in the Leonese scriptoria of the first Castillian flows after the union of the two kingdoms.* **Key Words:** *Latin graphic uses, Romance graphic uses, substitution process, palatal consonants, 13th Century, Lleón.*

1. INTRODUCCIÓN

A lo largo del segundo tercio del siglo XIII, coincidiendo aproximadamente con el reinado de Fernando III, que unifica de forma permanente bajo su corona los reinos de León y Castilla, tiene lugar la consagración definitiva de un proceso que había estado aflorando tímidamente durante siglos en las escribanías y notarías peninsulares: la sustitución de los usos gráficos latinos por los romances.

La lengua latina traída a la Península Ibérica por los colonizadores romanos, y adoptada por sus primitivos habitantes, había cambiado considerablemente a lo largo de más de mil años de andadura, y sin embargo, sobre el papel, o sobre el pergamino, mejor dicho, prácticamente confinada entre las paredes de los *scriptoria* notariales, su apariencia seguía siendo la misma, salvo por las divergencias atribuibles a un aprendizaje gramatical no del todo esmerado. Pero llegó un momento en el que el distanciamiento entre los dos registros, el escrito y el oral, o el latín y el vernáculo, si se prefiere, fue tal que se hizo prácticamente inevitable la modernización de un oficio, el de la escritura, anclado en la tradición. El vernáculo había ganado la batalla definitiva, que no la última —pues el latín seguiría quedando reservado para muchos ámbitos— en el campo de las letras, victoria que, pese a la relativa rapidez con que fue resuelta, no puede considerarse como sobrevenida o inesperada, pues los tambores que advertían de la llegada del latente romance llevaban redoblando hacía siglos.

Ya en los primeros documentos latinos altomedievales conservados de los siglos X y XI, doscientos años antes de la generalización del vernáculo en la escritura, habían aflorado aquí y allá tímidos indicios que dejaban traslucir los cambios que se habían operado en la evolución fonética del latín y que la escritura de la lengua del Imperio se veía imposibilitada de ocultar, o, si se prefiere, de reflejar adecuadamente. Ello se debe al surgimiento, ya en el latín vulgar, de nuevos sonidos para los cuales el alfabeto latino carecía de representación. Tal es el caso de los nuevos diptongos procedentes de la evolución de $\epsilon\ddot{e}$ y $\circ\ddot{o}$ tónicas, o de las sibilantes africadas dentoalveolares [ts] y [dz], o de las numerosas consonantes palatales.

Durante siglos, a los escribas, especialmente a los de instrucción más esmerada, les había resultado relativamente fácil «enmascarar» las crecientes veleidades fonéticas de la lengua latina, recurriendo a la etimología. El problema se presentaba en aquellas ocasiones en las que no existía étimo para una nueva palabra romance, como es el caso de los cada vez más numerosos préstamos (tomados no sólo de lenguas tan dispares genéticamente como el germano o el árabe, sino también de otros romances), especialmente frecuentes en determinadas esferas léxicas, como la toponimia y la antroponimia, o los nombres de oficios. Igualmente resultaban de difícil redacción aquellas voces patrimoniales que habían evolucionado hasta tal punto que apenas resultaban reconocibles con respecto a sus étimos.

Los escribas podían solventar fácilmente estos problemas recurriendo a una escritura más o menos fonética, transcribiendo la palabra sonido a sonido, asignándole a cada uno un grafema. Se trataba de una tarea sencilla en aquellas voces que no poseían sonidos inexistentes en latín clásico, pero la dificultad se hallaba, precisamente, en la representación de los nuevos sonidos. Ante la necesidad de dar respuesta eficaz a estos retos escriturarios, los escribas se lanzaron a la experimentación gráfica sirviéndose de los limitados medios de que disponían, recurriendo, por un lado, a la ampliación de los valores

fonéticos de las grafías ya existentes¹, y, por otro, a la creación de nuevos grafemas a través de técnicas tan diversas como la reduplicación, la aglutinación o la adición de marcas de palatalidad².

Así pues, cuando el romance se decidió finalmente a ponerse en pie y a echarse a andar por los caminos de la escritura, llevaba ya gateados unos cuantos siglos, de ahí que sus primeros pasos no fueran tan inestables como en un principio pudiera suponerse, y que, en el momento en el que se generaliza la escritura en vernáculo en las escribanías peninsulares a lo largo del siglo XIII, ésta gozara de una relativa homogeneidad resultado de siglos de acomodación y tanteos previos. A lo largo de estos siglos se vieron soluciones de diversa índole, algunas de lo más audaz, pero la mayor parte de ellas minoritarias o de escasa trascendencia, principalmente a causa de su ambigüedad fonética o por su incapacidad de reflejar algunos aspectos fundamentales de los nuevos sonidos a los que debían representar, como es el caso de la palatalidad³. En muchos casos una sola grafía resultaba incapaz de reflejar por sí misma las diversas facetas articulatorias de un sonido, por lo que se hacía necesaria la combinación de diversas grafías, e incluso la «importación» de dígrafos diseñados por otras tradiciones romances, tras probar diversas combinaciones o soluciones autóctonas, ninguna de ellas enteramente satisfactorias.

En este trabajo, hemos querido centrarnos precisamente en el estudio de estos sonidos que hemos considerado más problemáticos: las consonantes palatales. Quedan pendientes para otra ocasión cuestiones no menos interesantes como la representación de los diptongos procedentes de Ę y Ŏ tónicas, las sibilantes, las consonantes oclusivas sordas o las antiguas consonantes labiales afectadas por el betacismo.

Nuestro campo de estudio se limita a los *scriptoria* del antiguo reino de León ubicados al sur de la cordillera Cantábrica, concretamente en los límites aproximados de la actual provincia de León. Hemos seleccionado tres fondos documentales de forma que estuviesen representadas las tres grandes subvariedades dialectales: la oriental, presente en la colección documental del monasterio de Sahagún, la central, en la que han sido transcritos buena parte de los documentos conservados en la catedral de León, y la occidental, reflejada en el fondo documental del monasterio de Carrizo.

Hemos querido centrarnos especialmente en el proceso de fijación escrituraria del siglo XIII por ser éste un siglo de importancia capital en la historia de los usos gráficos leoneses por un doble motivo: la ya mencionada sustitución del latín por el romance en el oficio notarial y la penetración en los *scriptoria* leoneses de los primeros flujos de la castellanización, propiciada, entre otros factores, por la definitiva unión de los dos reinos, la unificación de las dos antiguas cancillerías regias en una sola con sede en Castilla y la rápida difusión peninsular que adquiere el castellano como consecuencia de la importante labor llevada a cabo desde el *scriptorium* alfonsí y la escuela de traductores de Toledo.

¹ Y así es como para la letra *g*, por ejemplo, se «oficializó» una ambivalencia que, con el beneplácito de las autoridades académicas y literarias, ha llegado hasta nuestros días: [g] ante vocal central o velar y [ʒ] —luego [x]— ante vocal palatal.

² Cfr., para un estudio más detallado, CABRERA 2000.

³ Buena parte de estas grafías aparecen recogidas en MORALA 2004.

2. LA REPRESENTACIÓN DE LAS CONSONANTES PALATALES

2.1. La sibilante prepalatal sorda [ʃ]

La sibilante sorda [ʃ], procedente de la evolución asimilada de los grupos -KS-, -SK-⁴, -^uLS-, -PS-, -SY-, -STY-, tiende a representarse de forma claramente mayoritaria a través de la protografía *x* (*aduxier, dexar, dixo, exido, fluxel, puxar, taxadores, texedor, troxiessen*), puesto que procede de la grafía latina etimológica *x* (empleada con valor [ks]), y que muy pronto se convierte en un neografismo que posibilita su empleo en la representación de la sibilante prepalatal sorda cuando procede de otros orígenes.

Antes de la pronta generalización de la grafía *x* con valor [ʃ], anterior a la normalización de la escritura en romance, su origen etimológico -SC-, como en el dialectal *mejer* < MISCIRE, se extiende a otras voces, como sucede en *Tascetello*, frente a *Taxetello*, *Scemeno* o *Scekariz*, junto a *Xakadez*, según registra R. Menéndez Pidal (1926 [1999]: 56, § 6₃) en documentos latinos de Sahagún y Eslonza del siglo X⁵. A mediados del siglo XI documenta también Menéndez Pidal (1926 [1999]: 57, § 6₆) de forma excepcional en otro documento de Sahagún la grafía *z*, recogida nuevamente en el antropónimo *Zakadez*. Ya en la segunda mitad del siglo XII, registra el maestro (1926 [1999]: 57, § 6₅) la secuencia *is* en la forma *roiso* (< RAPSUM), donde bien pudiera ser que la *i* estuviese actuando como refuerzo gráfico palatal de la *s*, en lugar de considerarse un residuo de la antigua *p*, sin duda hace tiempo embebido en la consonante palatal resultante⁶.

Como ya hemos mencionado, desde la tímida generalización de la escritura en romance a partir de los años veinte y treinta del siglo XIII, el empleo de la grafía *x* en la representación de la [ʃ] es claramente mayoritario. Curiosamente, las escasas vacilaciones gráficas se presentan en fecha bastante más tardía, cuando sería esperable una mayor fijación de los usos gráficos romances. Tal es el caso del dígrafo *cx*, recogido en la voz *pucxar* en cuatro documentos occidentales compuestos entre 1259 y 1269, por lo que más que deberse al desconocimiento o a la imprecisión sobre cómo reflejar la palatalidad del sonido, parece ser fruto de un intento deliberado de experimentación gráfica con fines ornamentales o estilísticos⁷. Se trata de un dígrafo muy inusual, pues no hemos encontrado antecedentes en la época leonesa de los orígenes ni en otras tradiciones escriturarias peninsulares, aunque sí de su homólogo inverso *xc*, documentado aisladamente en la tradición aragonesa medieval⁸.

⁴ En algunos casos, pues en otros la evolución del grupo tiende hacia un resultado africado dentoalveolar.

⁵ También fue frecuente el empleo de este dígrafo en textos altomedievales aragoneses, castellanos y portugueses (MENÉNDEZ PIDAL 1926 [1999]: 56, § 56₃).

⁶ No documenta en tierras leonesas otras grafías de aparición esporádica por las mismas fechas en otras regiones peninsulares, como *ix* (*Buixedo, Coixo*), *isc* (*laisces, naisceset*), *ss* (*dissoli, issio, quessa, Requessolo*), *s* (*Simeno*), y, más raramente, *iss* (*Caisar, roisso*), *ys* (*royso*), *xs* (*roxso*), *sç* (*Sçimeno*), *sz* (*Szauierrelatre*), *cs* (*ecsire*) y *ç* (*Recheço* 'Requejo') (MENÉNDEZ PIDAL 1926 [1999]: 55-57, § 6). Cfr. también, para los usos escriturarios castellanos, navarros y aragoneses, ALVAR 1973: 31-33, GARCÍA VALLE 1995: 268, METZELTIN 1995: 563 y SARALEGUI 1977: 60 y 61.

⁷ Como parece probar el hecho de que en esos mismos documentos aparezcan igualmente las secuencias *cyh* y *cih* en la representación del sonido [ʃ].

⁸ Recogido en el antropónimo *Excemenones* (ALVAR 1973: 32).

De forma muy esporádica registramos el empleo de la grafía *s* (*esidos, isidos, leyso, posar, ysidos*), y, tan sólo en una ocasión, documentamos el empleo aislado de la doble grafía *ss* (*dissiesse*). Salvo dos ejemplos datados en 1233 y 1240, los restantes no son precisamente tempranos, pues están fechados entre 1247 y 1266, con lo que, nuevamente, resulta difícil recurrir como única explicación a la inestabilidad gráfica de la escritura en romance en sus primeros años de normalización. Quizás este fenómeno tenga su origen en la habitual alternancia entre las grafías *s* y *x* en posición implosiva (como se observa en las formas *excomungado* y *escomungado, extrania* y *estrania, Frexno* y *Fresno*, tan habituales en la documentación notarial), donde ambas grafías tendrían un valor [s], lo que induciría a algunos escribas a extrapolar esta equiparación a otras posiciones, como sería el caso de la intervocálica, donde tradicionalmente a *x* y a *s* les correspondían distintos sonidos. En el caso concreto de *posar*, parece hacerse más evidente que el cambio de grafía se debe a una búsqueda consciente de la *variatio* gráfica, pues el escriba, que debe emplear dos veces seguidas la misma palabra, ante la imposibilidad de recurrir a la sinonimia, en virtud de la supuesta equivalencia antes mencionada transcribe primero la palabra con *o* y *s* para acto seguido hacerlo con *u* y *x* (*puxar*)⁹.

El hecho de que la sustitución de *x* por las grafías propias de la representación de las sibilantes apicoalveolares se produzca mayoritariamente a favor de *s*, y no de su correlato sordo *ss*, no debe considerarse necesariamente como un nuevo indicio del proceso de ensordecimiento de las sibilantes leonesas, que parecía empezar a darse por esta época, pues recordemos que si en posición intervocálica el valor de *s* era sonoro, en posición inicial de palabra y en final de sílaba y palabra, y tras consonante, su valor era sordo, lo que facilita su intercambio con *x*.

En cuanto a la forma *dissiesse*, dado que se trata de la única ocasión en la que registramos el empleo de la grafía *ss* con valor [ʃ], quizás podamos atribuirlo a un descuido del copista propiciado por la presencia contigua de ese mismo dígrafo, aunque tampoco podemos descartar enteramente que se trate de una posible asimilación, motivada por la cercanía articulatoria entre la sibilante prepalatal y la apicoalveolar¹⁰.

De forma igualmente esporádica registramos el empleo de la grafía *y* en lugar de *x*, en las voces *Quiyada*, recogida en un documento de Carrizo de 1271, y *ayado*, presente en un documento de León de 1291. En este caso, nos mostramos más inclinados a considerar que no nos encontramos ante un simple caso de vacilación gráfica, sino, como ha apuntado J. R. Morala (1992: 214 y 1993: 109), ante una auténtica confusión fonética entre [ʃ] y [j], ambos sonidos fricativos y palatales, como consecuencia del colapso del subsistema de las sibilantes y su tendencia al ensordecimiento.

2.2. La sibilante prepalatal sonora [ʒ]

La sibilante prepalatal sonora [ʒ] es fruto en el romance leonés de la consonantización de la semi-consonante latina *j*, principalmente en posición inicial ante vocal de las series central y anterior y en po-

⁹ Reproducimos la secuencia completa: «& se dalguno de nostra parte [...] contra esta carta quesier *posar*, sea maldito de Dios & psyche aquel que uoz de la [carta] *puxar* LX morauedis».

¹⁰ Como ya ha señalado J. R. MORALA (1993: 105): «esa cercanía fonética entre ambos fonemas es la suficiente como para propiciar la vacilación de los escribas a la hora de grafiarlos, pero no tanta, sin embargo, como para que esos niveles pasen de lo puramente ocasional».

sición interior posconsonántica. En ocasiones, registramos la aparición de ciertas grafías que parecen sugerir un resultado [ʒ] también en la evolución de G^{e.i}, -GJ-, -DJ-, -BJ-, coincidiendo, en apariencia, con la evolución que estos grupos habrían desarrollado en el gallego-portugués, pero que en asturiano-leonés, al igual que en castellano, desembocan mayoritariamente en un resultado [j].

La representación de [ʒ] corre a cargo mayoritariamente de las grafías *i* (*aiunte, eniurado, iamas, iudgar, iudios, iugo, iuiz, iuizio, iulio, iunio, iuntas, iurar, iurisdicion, iustica*), *j* (*ajuntar, jamas, joglar, judgar, judio, jueves, juicio, juiz, julio, junio, juramento*) y *g*, esta última tan sólo ante las vocales [e], [i] (*genero, gerno*), y es especialmente frecuente en los cultismos (*auangelios, constrengemento, eligiron, emagene, legitimo, logica, nonagesima, originales, uirgen, vigilia*).

Durante la época de los orígenes, según atestigua R. Menéndez Pidal (1926 [1999]: 58, § 7₂), predominó en las escribanías peninsulares hasta el siglo XII el empleo de las grafías *i*, *g* en pie de igualdad, sin distinción etimológica. Así lo registra J. R. Morala (2004: 608-619) en documentos de Sahagún y León de los siglos X y XI, donde figuran formas del tipo *argento* ~ *ariento*, *genitore* ~ *ienitore*, *gentis* ~ *ientis*, *colegium* ~ *coleium*. También llega a documentarse el empleo de *g* en la representación de [ʒ] incluso ante vocal no palatal, como se observa en la misma forma *colegum*, o en *Guuara*, frente al más común *Iuara* 'Juara'¹¹. Esporádicamente se registra el empleo de la grafía *y* con valor prepalatal, a juzgar por las formas *yermana* ~ *germanos* ~ *iermanis* o *eyentes* ~ *gentis* ~ *ientis*. También registra J. R. Morala la alternancia con *di* < -DY-, otro de los orígenes etimológicos de las palatales romances, que puede asimismo llegar a intercambiarse con las anteriores grafías, en casos como *madii* ~ *magias* ~ *maius*¹². De forma paralela, la alternancia entre *g* y *c* en la representación de las consonantes velares [k] y [g] (*circa* ~ *cirga*, *kanato* ~ *ganato* 'ganado') posibilita que esa dualidad se desplace ocasionalmente, «por ese extraño juego de equivalencias entre grafías que parecen practicar nuestros notarios» (Morala 2004: 609 y 610), a casos en los que *c* reemplaza a *g* con valor palatal, en formas del tipo *Flacino* ~ *Fragino*.

A partir del siglo XII, según registra Menéndez Pidal (1926 [1999]: 58, § 7₂), parece emerger con fuerza el empleo de la grafía *j* (*fojos*), alternando con *i* (*arroio, foio, Iuara, moion*), y durante los siglos XIII y XIV se convierten ambas en las grafías dominantes¹³. Por lo que se refiere ya a la documentación leonesa en romance del siglo XIII, la grafía *i*, así como su homóloga *j*, predominan de forma prácticamente

¹¹ También registradas por R. MENÉNDEZ PIDAL (1926 [1999]: 58, § 7₂), quien añadía la forma *guditiis*, por *iuditiis*, recogida en otro documento de Sahagún del año 996.

¹² Toda esta intercambiabilidad gráfica alcanza sus cotas más altas en la transcripción del nombre de la antigua capital del reino, para cuya palatal resultante de -G^{e.i}-, y próxima a la desaparición, documenta J. R. MORALA (2004: 618 y 619) las siguientes variantes: *Legone* ~ *Leionem* ~ *Leionense* ~ *Leeone* ~ *Lecione* ~ *Letion*.

¹³ Otras grafías registradas por MENÉNDEZ PIDAL (1926 [1999]: 59 y 60, § 7_{4,5 y 7}) en documentos latinos castellanos de los siglos XI, XII y principios del XIII son: *gg* (*concego, ualego, uiegga*), *gi* (*concegio, magiolo, mogion, Nagiara, Rogias*), *ggi* (*conceggio*), *hg* (*hgermanos, Naghara* 'Nájera'), *ih* (*conceiho, ualleiho*), *ij* (*ualleijo*) y *ch* (*conechos*). Más extraña resulta la aparición de la grafía *gu* (*muguer*), que para M. Metzeltin (1995: 557) parece una grafía contaminada, resultado de una equivalencia de la grafía *g*, empleada tanto con valor [g] como con valor [ʒ], con el dígrafo *gu*, empleado tradicionalmente tan sólo con valor [g], y que habría pasado a adquirir, de manera excepcional, todos los valores de su homólogo gráfico *g*.

exclusiva cuando la [ʒ] tiene su origen en la semiconsonante latina J seguida por vocal de la serie central o posterior, con lo que se impone así la inercia etimológica. Cuando la primitiva J va seguida por una vocal de la serie anterior predomina el empleo de la grafía *g*, presumiblemente por influjo etimológico de las primitivas secuencias *G^ei* y *-GJ-*, las cuales pueden evolucionar también hacia la sibilante prepalatal sonora (especialmente en el caso de los cultismos y semicultismos, donde se conserva la grafía etimológica), lo que generalizaría el uso de la grafía *g* ante vocal palatal cuando la consonante proviene de otro origen distinto. Muy rara vez se registra el empleo de la grafía *g* con valor [ʒ] ante vocal no palatal, como sucede en *mongas*, forma recogida en un documento occidental de 1274¹⁴.

De forma esporádica se registra el empleo para la representación de la prepalatal [ʒ] de las siguientes combinaciones gráficas: *gi* ante vocal velar (*Giuanes*), *hi* (*Hiuan*, *Hiuannes*), *ih* (*Iherusalem*, *Ihesu*) y *jh* (*Jhaen*, *Jherusalem*, *Jhesu*). La aparición de este tipo de grafías era muy inusual ya en la época de los orígenes del romance, pues R. Menéndez Pidal (1926 [1999]: 59, § 7₃) tan sólo registraba las secuencias *hg* (*hgermanos*) e *ih* (*Cascihares*)¹⁵, en un documento de León del año 959.

Estas grafías se encuentran en documentos compuestos en fecha bastante avanzada (todos ellos pertenecen a la segunda mitad del siglo XIII, y sólo uno es anterior a 1260), por lo que nuevamente resulta poco probable atribuirles a la inestabilidad gráfica o a la inexperiencia del escriba. En el caso de *Giuanes*, la *i* actúa como marca de palatalidad necesaria para desproveer a la grafía *g* de su habitual valor [g] ante [u]. También podría verse el influjo de la forma *mugier*, donde la *i* ha sido considerada por algunos lingüistas como un caso excepcional del mantenimiento de la semiconsonante del diptongo resultante de $\varepsilon < \check{E}$, que aún no habría sido absorbida por la consonante palatal precedente.

Por lo que respecta a las secuencias *jh*, *ih*, *hi*, no parece probable suponer que la *h* haya sido añadida a las grafías *i*, *j* para remarcar su carácter palatal, pues su valor consonántico se limitaba al sonido [ʒ], lo cual ya debía de ser de sobras conocido por todo escriba que ejerciese su cargo en la segunda mitad del siglo XIII. Nos mostramos más inclinados a considerar que se trata de una búsqueda consciente de la *variatio* o *elaboratio* gráfica, un artificio con una finalidad estilística con el que, quizás, destacar los nombres propios de los comunes, pues nótese que estos dígrafos se concentran siempre en topónimos y antropónimos, especialmente en los de origen hebreo (*Jerusalén*, *Jesús*)¹⁶, con lo que es probable que, de esta manera, se estuviera tratando de resaltar su origen foráneo, no latino¹⁷.

¹⁴ La forma *mongas* también figura en el códice del *Fuero Juzgo* analizado por M. GARCÍA BLANCO (1927: 33), mientras que en dos cartas notariales de procedencia leonesa oriental E. STAARFF (1907: 235) registra las formas *cogades* y *consegu*.

¹⁵ Donde, sin embargo, es más probable que tenga un valor [j], a juzgar por la evolución habitual de los grupos *-LY-*, *-G'L-*, *-K'L-*, *-T'L-* en leonés, como se verá más adelante.

¹⁶ Conviene señalar también, según ha comprobado C. CABRERA (2002: 377 y 401), que el empleo de estos dígrafos, también en nombres propios de procedencia hebrea, es relativamente frecuente en los documentos de la cancillería alfonsí (*Ihesu*, *Yhuda*, *Hieremas*, *Hyuda*), y su aparición en textos castellanos se mantiene al menos hasta el siglo XV (*Iheronimo*, *Iherusalem*).

¹⁷ Se trataría, en este sentido, de un caso similar a la aparición de la grafía *h* junto a las grafías *p*, *t*, *c*, por influencia cultista, como marca de helenismo, como sucede en palabras del tipo *zaphyra*, *cathedral* o *diachono*.

Destaca igualmente el empleo en solitario de la grafía *h* para representar la evolución en [ʒ] de *i-* y *g^{e.i}-* que registramos en diversas formas antroponímicas: *Huyano* y *Huyanez* (derivadas de *Iulianus*), recogidas en dos documentos compuestos, respectivamente, en 1245 y 1255; *Hines* (posiblemente ‘Ginés’,¹⁸ derivado del *nomen* latino *Genesius*), en un documento occidental de 1240; y *Herman* ‘Germán’ (del nombre latino *Germanus*), presente en otro documento de la misma región de 1272; así como también en la forma *herno* ‘yerno’, recogida en un documento occidental de 1251. En algunos casos, pudiera considerarse que lo relativamente temprano de la fecha de composición del documento justifica el empleo en solitario de la grafía *h* con valor consonántico, atribuible a la impericia del escriba, si bien, en la mayor parte de los casos, tal vez, podríamos considerarlo de nuevo como un intento consciente de experimentación o *variatio* gráficas, amparándose los copistas en la relativa libertad escrituraria que les permite la transcripción de los nombres propios¹⁹.

Menos esporádico, por el contrario, resulta ser el empleo del dígrafo *ch* en lugar de *i, j*, como se observa en los antropónimos *Chacome*, en un documento central de 1274; en los topónimos —arábigo el primero y galorromance el segundo— *Chaen*, en cuatro documentos centrales compuestos entre 1255 y 1263 y en un documento occidental de 1259, y *Grancha*, en un documento occidental de 1264; en los cultismos *priuilechos* y *priuillechio*, en dos documentos centrales de 1261 y 1276; y en los préstamos galorromances *grancha*, en un documento occidental latino de 1227, *linache*, en un documento central de 1274, *moncha(s)* en un documento central de 1280 y en cuatro occidentales redactados entre 1260 y 1276, y *monche*, en un documento central de 1240²⁰.

Pudiera ser que en el caso de los documentos compuestos en 1227 y 1240 el empleo del dígrafo *ch* fuera consecuencia de la inestabilidad gráfica en los comienzos de la generalización del romance o de la impericia del escriba, aunque esta hipótesis se torna más improbable en los restantes documentos, algunos de redacción bastante tardía. La existencia, por esas mismas fechas, de ejemplos de la práctica contraria, esto es, el empleo de las grafías *i, j, g* en lugar de *ch* en voces como *muio*, ha inducido a algunos lingüistas a considerar tanto unas formas como otras ejemplos del inicio del ensordecimiento de las sibilantes, que empezaba a hacerse latente en tierras leonesas precisamente desde mediados del siglo XIII. La peculiaridad de estas confusiones, así como su ausencia entre [ʃ] y [ʒ], parece revelar, además, la verdadera naturaleza de la sibilante prepalatal sonora en cuanto al modo de articulación, que sería afri-

¹⁸ Es este el valor que le atribuye J. R. Morala (1992: 214, n. 21), con el que coincidimos; aunque, según este autor, el empleo de esta grafía quizás podría estar encubriendo una incipiente confusión entre [ʒ] y [tʃ], como veremos a continuación. No se trata del nombre femenino *Inés* con prótesis gráfica de una *h* antietimológica (práctica no del todo infrecuente en los textos medievales), puesto que el antropónimo va precedido por la forma de tratamiento *don*.

¹⁹ Una consideración distinta es la de J. M. CHAMORRO (1992), quien sostiene que bajo esta *h* se esconde una aspiración laríngea de la antigua consonante palatal. No es este el parecer de M. Ariza (1994: 157-159), que no duda del valor palatal de la grafía *h* en casos como *Hermán, herno, Hervás, Hinés, ovehero*, ni tampoco de J. R. MORALA (1992: 214), para quien el empleo anómalo de esta grafía respondería al principio de la confusión entre los sonidos [ʒ] y [tʃ], que hacia mediados del siglo XIII empezaría a darse supuestamente en el leonés.

²⁰ Podemos añadir también las formas *cucha*, por *cuia*, que aparece en el Fuero de Alfayates y *conecho*, en lugar de *coneo*, recogida en el *Fuero de Cáceres* (LINDLEY CINTRA 1959: 349).

cado, en lugar de fricativo, lo que explica mucho mejor las aparentes confusiones entre [d̄ʒ] y [t̄ʃ]²¹. No podemos dejar de resaltar la circunstancia de que buena parte de estas confusiones tiene lugar en nombres propios y en préstamos, voces a las cuales resultaría más difícil por parte del escriba asignar un referente etimológico latino, de ahí que sean precisamente ellas las primeras en sucumbir gráficamente a las nacientes vacilaciones articulatorias²².

2.3. La fricativa mediopalatal sonora [j]

El origen del sonido [j] es igualmente muy diverso, ya que, por un lado, procede de los grupos -LJ-, -K'L-, -G'L-, -T'L-, una vez que el primitivo resultado [ʎ], común a todos los romances peninsulares, se deslateraliza para evitar la confluencia con este mismo sonido resultante de la palatalización de la geminada latina -LL-²³. Por otro lado, encuentra también su origen en la evolución de la semiconsonante latina J, en la palatalización de G ante vocal de la serie anterior y, mayoritariamente, en la asimilación de los grupos -GJ-, -DJ-, -BJ-. Encontramos, asimismo, el sonido [j] como resultado de la consonantización del primer elemento del diptongo [jé] < ε < Ē, así como de su epéntesis espontánea para romper un hiato.

Al igual que sucedía con la pareja de sibilantes prepalatales, también el sonido [j] conoce durante la época de los orígenes del romance escrito una representación gráfica muy variada. Señala R. Menéndez Pidal (1926 [1999]: 48 y 49, § 3) que ya desde muy antiguo se empleó para este fin la grafía *g*, como atestiguan documentos leoneses de los siglos X y XI, donde figuran *rio magore* y *dona Magore*²⁴. Ante vocal palatal, en los primeros textos de la andadura romance, en los que todavía se observa una fuerte raigambre latina, es aún muy frecuente como latinismo el empleo de la grafía *g*, en formas del tipo *le-ge*, *magis*, *cogitet*, donde debía de tener, presumiblemente según el maestro, una pronunciación [j].

Bastante frecuente, especialmente en la documentación oriental, y a partir del siglo XII, es el uso de

²¹ Cfr., para más información al respecto, Morala 1992 y 1993. Considera este autor que este principio de confusión entre [d̄ʒ] y [t̄ʃ] sería paralelo al desarrollado inmediatamente después entre los sonidos [j] y [ʃ], ambos fricativos. Según J. R. MORALA, el ensordecimiento, posiblemente, se habría dado en primer lugar entre la pareja de africadas por ocupar posiciones distintas en la palabra —[d̄ʒ] en posición inicial y [t̄ʃ] en interior de palabra—, con lo que no habría confusión de significados. «En un segundo estadio, el proceso alcanzaría a los dos fonemas fricativos /s/ y [j], cuya confusión está menos representada en los documentos analizados, hecho explicable si tenemos en cuenta que las condiciones respecto a los anteriores son diferentes al aparecer ambos en interior de palabra» (1992: 216).

²² También, quizás, podría relacionarse la aparición en los préstamos galorromances del dígrafo *ch* con el empleo esporádico de los dígrafos *jh*, *ih* en los nombres propios de procedencia hebrea, así como el más habitual uso de *ph*, *th* y *ch* en los helenismos y en algunos arabismos.

²³ Una medida idéntica adopta el castellano, si bien con un resultado prepalatal [ʝ].

²⁴ PIDAL (1926 [1999]: 48 y 49, § 3) también recoge la temprana forma *get* < ĒST, que aparece junto a *iet* y *jet* en las glosas emilianenses, donde encontramos igualmente *gerrare* 'errar', junto a *jerrar*. En Aragón, en documentos redactados en la segunda mitad del siglo XI, registra las formas *bagat* 'vaya', *guso* y *goso* 'yuso', junto a *juso*, *Bizcaga*, *bago* 'bayo', *sega* y *segat* 'sea'. Y en un manuscrito del Fuero de Navarra del siglo XIV, todavía encontramos *gegoa* 'yegua', donde el tardío uso de la grafía *g* puede deberse a un intento de reflejar el carácter africado del sonido [j] en posición inicial, en este caso [d̄ʒ]

la grafía *i* para reflejar la evolución mediopalatal de -LJ- y grupos análogos, tal y como lo atestigua R. Menéndez Pidal (1926 [1999]: 277, § 50₃), que en un documento de Eslonza de 1146 recoge el topónimo *Ualleio*; en cuatro documentos de Sahagún compuestos en 1166, la forma *Graiar*; en un documento de Entrepeñas de 1172, *conceio*; en un documento de Sandoval fechado en 1182, *maiada* y *maidis*; en un documento de Escalada de 1195, *moiones*; y en un documento de Eslonza redactado en 1199, *Redroio*. Por su parte, X. L. García Arias (2003: 230 y 233) registra la forma toponímica *seiana* (< *SELIANA), recogida en un documento ovetense redactado en el año 917, así como en el antropónimo *Ouelloio*, que figura en una copia del siglo XII de un documento original del año 857, compuesto igualmente en los dominios centrales del asturiano.

Más extraña, según atestigua nuevamente R. Menéndez Pidal (1926 [1999]: 48, § 3₂), es la aparición de los dígrafos *gi* e *ig* con valor mediopalatal, que aparecen esporádicamente en documentos latinos redactados en esos mismos siglos como representación de la evolución de $G^{e,1}$ en un momento previo a su desaparición. Tal es el caso de *arigentos*, en un documento de Eslonza del año 929, *Frogilani*, en un documento leonés del año 997, *Uiniagio* ‘Viñayo’, en otro documento leonés de 1032, y *segiant* y *Zeiga* ‘Ceya’, en un documento de Sahagún de 1047. A estos ejemplos podemos sumar la forma *sagia*, recogida por X. L. García Arias (2003: 230), que aparece en un documento ovetense datado en el año 978.

En época más tardía, en el siglo XIII, registra M. Alvar (1968: 133, § 91, n. 316) en el Fuero de Ledesma la presencia de un dígrafo análogo a *gi* pero con un claro valor mediopalatal: *yi* (*coyier*, *moyier*, *moyieres*, *muyier*), donde la grafía *i* parece estar actuando como marca de palatalidad, reforzando el valor mediopalatal [j] del grafema y^{25} , aunque no puede descartarse enteramente la posibilidad de que bajo esta secuencia subyazca una pronunciación [jj], donde la semiconsonante procedería de la diptongación de ϵ .

Todos estos ejemplos parecen mostrar claramente un intento por parte de los copistas de reflejar la deslateralización del primitivo resultado [ʎ], cuya centralización debió de ser, a juzgar por las primeras documentaciones, bastante temprana. Pese a ello, es igualmente frecuente hallar el mantenimiento de la grafía *li* por motivación etimológica, como sucede en *filio* y *muliere*, en un documento leonés de 1045, o en *pegualero*, procedente de PECULIARE, en otro documento leonés de 1097. En ocasiones, la convergencia en su evolución favorece el empleo de este mismo dígrafo en voces de distinto origen, como sucede en la forma toponímica *Coneliera*, recogida en varios documentos de Sahagún de los siglos X y XI (Menéndez Pidal 1926 [1999]: 52, § 5₁).

Podría ser que en estos siglos, en el caso de la evolución de -LJ-, -K'L-, -G'L-, -T'L-, la pronunciación todavía oscilara entre la solución lateral [ʎ] y la central [j], pero, curiosamente, el dígrafo *li* sigue siendo muy habitual en la documentación ya romance redactada en las escribanías leonesas durante la primera mitad del siglo XIII, cuando no parece haber dudas de la consolidación de la solución [j]. Así, es frecuente hallar formas del tipo *alienar*, *concilio* ‘concejo’, *filio* o *mulier*, pero más habitual, no obstante, es el empleo de grafías que remiten más directamente a la antigua pronunciación [ʎ], como es el caso de la geminada *ll* (*aconsellem*, *apparellamientos*, *concello*, *consello*, *desfollador*, *escoller*, *fillo*,

²⁵ De esta opinión es también P. CARRASCO (1987: 103).

mallolo ‘majuelo’, *mellor*, *muller*, *ouellas*, *sortella* ‘sortija’, *tallador*, *traballo*) y de la simple *l* (*alena*, *aparelado*, *coler* ‘coger’, *concelo*, *conselo*, *escolir* ‘escoger’, *filo* ‘hijo’, *melor*, *meloria*, *migala* ‘miga-ja’, *muler*, *partila* ‘partija’).

De forma muy esporádica registramos el uso de otras grafías compuestas articuladas sobre la base de la grafía *l*. Tal es el caso de la grafía aglutinante *lli*, recogida en un documento leonés de 1283, donde figura la forma *mullier*, y que parece ser resultado del cruce entre la geminada *ll* y la etimológica *li*²⁶; y también del dígrafo de origen provenzal *lh*, que aparece de forma reiterada (en las formas *filha*, *filho* y *filhos*) en un documento de mediados del siglo XIII que bien podría haber sido compuesto por un escriba oriundo del sur de Francia, lo que explicaría la aparición de tan extraño dígrafo —por insólito— en la documentación leonesa.

El empleo de estas grafías, que podríamos denominar de tradición arcaizante, es especialmente frecuente en la documentación de Carrizo, quizás por su mayor proximidad a Galicia, donde la evolución de -LJ- y grupos análogos se había mantenido en el estadio [ʎ], por lo que sólo se empleaban las grafías *li*, *ll*, *l*. De hecho, el empleo de estas grafías predomina en la documentación occidental durante la década de los treinta y los cuarenta, y hasta prácticamente finales del siglo XIII siguen teniendo una aceptación muy favorable; sólo en la última década de la centuria se aprecia un descenso considerable en su uso. El mantenimiento de las grafías arcaizantes en los restantes dominios del leonés decrece igualmente conforme nos vamos desplazando hacia el oriente, alejándonos del foco de irradiación gallega, tan influyente a comienzos del siglo, de tal forma que si en las notarías de la antigua capital del reino el empleo de las grafías *li*, *ll*, *l* pervive con regularidad durante los dos primeros tercios de la centuria, su uso en las escribanías de Sahagún, donde por otra parte nunca fue especialmente relevante, ni siquiera en los comienzos de la generalización de la escritura en romance, queda prácticamente abandonado a partir de la década de los cuarenta.

En líneas generales, en la representación de la [j] procedente tanto de -LJ-, -K'L-, -G'L-, -T'L- como de J, G^e.i, -GJ-, -DJ-, -BJ- predomina a lo largo del siglo XIII en los *scriptoria* leoneses el empleo de la grafía *y*, grafía que el alfabeto latino adopta a su vez del griego, y que, en un primer momento, a partir del siglo I a. de C., empleaban los latinos de forma etimológica en las voces tomadas de aquella lengua. Así, a lo largo de todo el siglo, abundan formas del tipo *aneyo* ‘añejo’, *apareyamiento*, *ayenar*, *calleya*, *conceyo*, *conseyo*, *coyer*, *enayenar*, *fiyo*, *mayuelo*, *meyor*, *meyoria*, *migaya*, *muyer*, *oueya*, *partiya*, *paya*, *payares*, *restroyos*, *reyas*, *semeyable*, *sobeyar*, *tayar*, *teyero*, *tinaya*, *uieyo*, *valleyo* o *vermeyya*, por un lado, y *aroyo*, *ayuda*, *ayuntado*, *hayades*, *mayo*, *mayor*, *mayordomo*, *meyada*, *mueyo*, *saya*, *vaya*, *ya*, *yantar*, *yaze*, *yerno*, *yuro* o *yuso*, por otro. Es igualmente mayoritario el empleo de la grafía *y* en las voces con consonantización del primer elemento del diptongo [jé] < ε, como en *yegua*, *yendo*, *yermo*, *yerro*, *yerua* y *yeruos*, y con epéntesis de [j] para evitar el hiato, según se observa en formas del tipo *ca-yeren*, *creyendo*, *leyeron*, *seyendo*, *suyo* o *veyendo*.

²⁶ Aunque pudiera ser, en este caso, que la grafía *i* no fuera una simple marca de palatalidad de origen etimológico, sino que estuviera encubriendo un sonido [j], resultado de la diptongación de la ε tónica, que aún no se habría embebido en la consonante palatal precedente.

Durante los primeros años de generalización de la escritura en romance, no obstante, fue bastante habitual el empleo de la grafía *i* con valor [j], apoyado este uso en el valor etimológico de la grafía *i* latina, cuyo referente fonético había dado lugar a este sonido en voces del tipo *ya* < IAM o *mayo* < MAIUM. Esta práctica es más esporádica en León y Carrizo, pero especialmente frecuente en las escribanías de Sahagún, por lo que parece continuar una tradición escrituraria iniciada en el siglo anterior ante la falta de modelos latinos más acordes para representar la nueva consonante mediopalatal, según hemos señalado anteriormente. La grafía *i* se emplea en estas primeras décadas para reflejar el sonido resultante tanto de -LJ- como de J, -DJ- y grupos análogos, cuya evolución en castellano, en este último caso, había sido también [j].

El empleo de *i* en la representación de la [j] procedente de J, G^{e.i}, -GJ-, -DJ-, -BJ- cesa prácticamente en la segunda mitad del siglo XIII, cuando es sustituida por la grafía *y*, en lo que podemos considerar una reestructuración de los usos gráficos de los *scriptoria* orientales, que han optado por un seguimiento más fiel del principio de adecuación fonética antes que por el mantenimiento de una grafía etimológica (en el caso de [j] < J, extendida por analogía a los demás casos) que podía dar lugar a una cierta ambigüedad en la lectura, especialmente cuando empiezan a generalizarse en tierras leonesas los usos gráficos de Castilla, que contaban con la grafía *i* para la representación de la evolución de -LJ- y grupos análogos, que había sido [ʒ] en castellano.

No debemos confundir, por lo tanto, el empleo de la grafía *i* con valor [j] durante los primeros años de generalización de la escritura en romance, que sería un hábito propio de las escribanías leonesas, especialmente de las de Sahagún, con la «importación» de esta misma grafía, junto con la de *j* y *g*, que vienen a reemplazar exclusivamente a la *y* empleada en la representación de [j] < -LJ-, siguiendo la costumbre de la escritura castellana. El empleo de estas grafías alcanzará en primer lugar a las escribanías de los dominios más orientales, las ubicadas en Sahagún, como consecuencia de su proximidad colindante con Castilla, para ir, posteriormente, expandiéndose hacia el occidente. Su frecuencia en la documentación leonesa se va haciendo más intensa conforme el siglo llega a su fin, corriendo de forma pareja, lógicamente, con el enorme prestigio que irá adquiriendo el castellano como lengua de cultura y vehículo de transmisión jurídica y científica, a raíz, principalmente, de la labor impulsada por Alfonso X el Sabio y la Escuela de Traductores de Toledo²⁷.

A lo largo del segundo cuarto del siglo XIII parece también generalizarse, de forma paralela a la adopción de los usos gráficos castellanos, el empleo de *i*, *j* ante vocal de la serie central y velar y el de *g* ante las vocales de la serie palatal. Las excepciones pertenecen a la forma *enaienar*, recogida en un documento de Sahagún de 1252; *Golpeiera*, en un documento de León compuesto en el segundo cuarto del siglo; *moier*, en dos documentos también orientales de 1262, en uno de los cuales aparece también *Oueiero*, y en uno occidental de 1276; y *muiet*, en otros dos documentos de Sahagún de 1243, en un documento de León de 1239 y en cuatro de Carrizo redactados entre 1250 y 1256.

²⁷ Para un estudio más detallado de las distintas tradiciones gráficas empleadas en las escribanías leonesas en la representación de la [j] procedente de -LJ- y grupos análogos a lo largo del siglo XIII, cfr. CABRERA 1991, MARCET 2002, MARCET 2003, MARCET 2005, MARCET 2008a y MORALA 1992.

De forma muy esporádica registramos otras grafías distintas a las más habituales *li, ll, l, y, i, j, g*. Tal es el caso, con un evidente valor [j], de los dígrafos *hy* (*hye* ‘es’, *hye* ‘y’, *hyo*, *hYuanes*) e *yh* (*Yherosolime*). Este último dígrafo recae sobre un nombre propio de origen hebraico, práctica habitual igualmente en los textos alfonsíes, según registraba C. Cabrera (2002: 401), y que alcanzaba también a los dígrafos *ih* e *jh*, con valor [ʒ]. Este mismo dígrafo *hi* parece, no obstante, esconder una pronunciación [j] en la forma *hio* ‘yo’, recogida en un temprano documento oriental de 1232, a juzgar por el origen del sonido, la consonantización del primer miembro del diptongo [jé] < ħ(G)ō tras la síncope de la [g]. También pudiera tener un valor [j] en *hia* ‘ya’, forma que figura en un documento de 1239 conservado en León, pues esta parece ser la evolución claramente mayoritaria de *j-* ante la vocal [a] en los dominios centrales del leonés.

Otra solución gráfica que parece remitir a una pronunciación mediopalatal [j] es la grafía *h*, que aparece recogida en un documento de Carrizo compuesto en 1229, en el antropónimo *Redrueho*. El empleo tan inusual de esta grafía parece motivado tanto por la fecha de redacción tan temprana del documento como por la procedencia supuestamente occitana del escriba. Nos encontraríamos ante un copista poco acostumbrado, dado su origen, a la representación de [j], por lo que, ante la falta de otros modelos gráficos establecidos, en los comienzos de la propagación de la escritura en romance, recurre al uso de una grafía empleada en su tradición escrituraria como marca de palatalidad (en dígrafos como *ch*, *nh* o *lh*), y que al estar vacía de contenido fonético podía asumir perfectamente en solitario la representación del sonido [j].

Con un posible valor prepalatal [j] recogemos la reduplicación de la grafía *i* que tiene lugar en las formas *meiior* y *Pedreion*, que figuran en sendos documentos de Carrizo compuestos en 1253 y 1259, respectivamente. Se trata de un dígrafo por reduplicación bastante inusual en los *scriptoria* peninsulares, por lo que, quizás, su aparición podría deberse nuevamente al origen occitano del copista, Raimundo, autor de los dos documentos.

De forma paralela a la aparición de la grafía *y* en voces donde sería esperable hallar una *x*, como en *Quiyada* y *ayado*, también encontramos ejemplos esporádicos en la dirección contraria, como se observa en el topónimo *Boadelexa*²⁸, recogido en tres documentos de la colección de Sahagún compuestos entre 1253 y 1259, y en las formas *conzexo* y *fixo*, presentes en un documento de León de 1261. Recordemos que para J. R. Morala (1992: 214 y 1993: 109) este tipo de alternancias gráficas podrían considerarse una prueba del proceso de ensordecimiento de las sibilantes que estaría empezando a operarse en el leonés ya en el siglo XIII, y que, en este caso, tendería a igualar los sonidos [ʃ] y [j], al ser ambos fricativos y palatales. Otra posibilidad alternativa, planteada por J. A. Pascual (1988: 129 y 130), es la de considerar las formas con *x* como castellanismos en los que, debido al mismo principio de ensordecimiento de las sibilantes, se ha adoptado la pronunciación prepalatal castellana recurriendo a la sibilante sorda [ʃ], y no a la sonora [ʒ]. A favor de esta hipótesis se encontraría el hecho de que los ejemplos se presentan en primer lugar en Sahagún, más próximo a Castilla, y ligeramente más tarde en León, mientras que no se registran en Carrizo, más alejado del foco de irradiación castellano.

²⁸ Y que aparece como *Boadelleya* y *Boadeleya* en otros tres documentos de la misma colección, y bajo la forma *Boadelleia* en un cuarto.

2.4. La africada prepalatal sorda [tʃ]

La consonante africada prepalatal sorda, [tʃ], procedente de la evolución de las secuencias -KT- y -^uLT-, así como, en los dominios más occidentales del leonés, de los grupos PL, KL y FL en posición inicial y postconsonántica, tiende a representarse mayoritariamente por medio del dígrafo *ch*, de origen franco-provenzal, que, desde su introducción en la Península a finales del siglo XII viene a poner fin a la multiplicidad de grafías y combinaciones gráficas con las que en los documentos latinos medievales se había tratado de reflejar esta nueva consonante palatal. Estos intentos, según registraba R. Menéndez Pidal (1926 [1999]: 60-63, § 8), alcanzaban mayoritariamente a las siguientes soluciones: *g* (*cugares*, *Fonte tega*, *nog* ‘noche’, *Sango*), *gg* (*contradiggo*, *manegga*, *peggare*, *Sanggeç*), *e i* (*barbeiar*, *Conia*, *de-reio*, *eiar*, *leio*, *proueio*, *Saniez*), *y*, de forma más esporádica, a *ih* (*peihe*, *Saniho*), *x* (*Sanxo*), *xi* (*Sanxia*), *cc* (*peccet*), *cx* (*Sancxo*), *cgi* (*Sancgio*), *chi* (*frechia*), *chy* (*dichyo*, *Sanchyo*), *s* (*Sanseç*) *z* (*Sanzo*), *ç* (*Sançic*) y *c* (*Sancius*, *Sancez*)²⁹.

En el caso concreto de la documentación astur de los siglos X y XI procedente de León y Sahagún (Menéndez Pidal (1926 [1999]: 283 y 284, § 51₃), la solución gráfica mayoritaria es *it* (*adereito*, *confaita*, *leito*), seguida, ya en el siglo XII, por las grafías *cc* (*peccet*) y *g* (*Fontega*), que parecen reflejar mejor que *it* la nueva pronunciación palatal [tʃ] a la que ha llegado el antiguo grupo -KT-. El dígrafo *ch* (*Fon-techa*, *Frachela*) no hace su aparición sino hasta el siglo XII, alternando con *it*, aunque, como ya hemos mencionado, su propagación es fulminante, pues con el advenimiento definitivo de la escritura en romance su empleo está totalmente generalizado.

Tanto es así que sólo de forma muy esporádica encontramos en los documentos romances del siglo XIII reminiscencias de la antigua variabilidad que acompañó al sonido [tʃ] en los textos altomedievales, como es el caso del dígrafo *cc* (*Sanccii*), que parece deberse a una latinización incorrecta del antropónimo *Sánchez*, o del empleo en solitario, también minoritario, de la grafía *h* (*dihás*, *feha*, *ohubri*, *pey-he*³⁰, *Sanha*), así como de las combinaciones gráficas *cih* (*feciha*, *pecihe*), *cyh* (*fecyha*) y *chg* (*ffeçhga*), en las que parece que se ha pretendido reforzar el carácter palatal del dígrafo *ch*, previamente empleado en la escritura visigótica con valor [k], y que a lo largo del siglo XIII pervive todavía en numerosos cultismos, especialmente en los de origen helénico³¹. Estas grafías tienden a concentrarse en documen-

²⁹ Estas últimas grafías, *s*, *z*, *ç*, *c*, registradas a lo largo de los siglos X y XI, según afirma PIDAL (1926 [1999]: 60 y 61, § 8 y 8.), posiblemente remitan a diversas variantes de [tʃ] no palatales, como por ejemplo [θ]; en algunos casos, parecen ser formas latinizantes (*Sancius*, *Sanzio*). Por su parte, E. STAAFF (1907: 237) considera que la grafía *chy* puede representar un estadio más antiguo de la pronunciación de [tʃ]. Para otros ejemplos aragoneses y castellanos, cfr. ALVAR (1953: 37), ALVAR (1973: 34 y 35), METZELTIN (1995: 554) y PÉREZ GONZÁLEZ (1985: 87.)

³⁰ No parece que esta forma presente un dígrafo *yh* en el que se han conjugado dos índices de palatalidad para representar la [tʃ], dado que la forma *peyche*, con aparente conservación del estadio [iʃ] es muy frecuente en la documentación occidental. Tampoco consideramos que se trate de un descuido del copista, puesto que en el mismo documento aparece la forma *Sanha*.

³¹ Así, en la documentación romance de las tres regiones, podemos encontrar ejemplos del tipo *choro*, *christiano* y *Paschua*, así como los antropónimos *Christina*, *Christofori*, *Christoual*, *Michael* y *Paschual*. El empleo de este dígrafo con valor [k] se expande a otras voces de procedencia griega en las que, al no poseer su étimo una *χ*, era incorrecto su empleo, como sucede en *dia-chono* y en los antropónimos *Iachobo*, *Luchas* y *Nicholas*.

tos de procedencia central y occidental compuestos entre finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, momento a partir del cual, con el reinado de Alfonso X, la escritura en romance entraría en un período de cierta madurez y estabilidad gráfica.

Por el contrario, es relativamente frecuente el mantenimiento de la secuencia *ct* en voces patrimoniales por conservadurismo gráfico o tendencia a la latinización, rasgos característicos de la documentación notarial a lo largo del siglo XIII. Es lo que sucede con formas del tipo *derecto*, *despecte*, *dictos*, *fructo*, *octubre*, *pecte* o *supradicta*, que aparecen insertas en contextos plenamente romances, por lo que podrían ser consideradas como cultismos gráficos bajo los que presumiblemente subyace una pronunciación popular [tʃ]³².

Como ya hemos señalado anteriormente en un apartado anterior, también registramos con cierta frecuencia el empleo de las grafías *i*, *j*, *g* en términos donde debería figurar el dígrafo *ch*. Esta práctica, al igual que en el caso contrario, se localiza en las escribanías centrales y occidentales. Así, en la colección de León registramos la forma toponímica *Arcauoia* (frente a la más usual *Arcauuecha*) en un documento de 1257, *iapusador*, en un documento de 1263, *jancellor*, en un documento de 1267, *jantre*, en dos documentos compuestos en 1279 y 1281, y *soiantre*, en un documento de 1293. Mientras que a la colección de Carrizo pertenecen las formas *pege*, que aparece en siete documentos redactados entre 1239 y 1251, *Sanga*, que figura en nueve documentos compuestos en el mismo período, *Sangez*, en un documento de 1247, *fega*, recogida en un documento compuesto entre 1242 y 1245 y en otro de 1258, *feia*³³ y *muio*, en un documento de 1258, y *peige*, en un documento de 1233³⁴.

A estos ejemplos debemos sumar las formas *pedgaremos*, recogida en un documento occidental compuesto hacia 1263, y *pedgaronlas*, que figura en otro documento de la misma zona redactado en 1263, en las cuales la grafía *d* parece haber sido añadido a la *g* para resaltar la naturaleza africada del sonido, equiparado, merced al colapso del subsistema de las sibilantes, con una [dʒ].

En algunos casos, en los documentos más tempranos, podrían considerarse estas formas con *i* como intentos alternativos, propios de un momento de transición escrituraria, de reflejar la palatal [tʃ]. Es lo que podría suceder en el documento de Carrizo de 1233, cuyo autor recurre al empleo sistemático de estas grafías (*feia*, *muio*, *peige*), y en ningún momento al de *ch*. O también en el caso de dos documentos compuestos hacia 1239 y 1245 por el mismo escriba, Pedro Fernández, quien parece optar mecánicamente por la grafía *g* (*fega*, *pege*, *Sanga*)³⁵. En los demás casos, más tardíos, parece más oportuno con-

³² Salvo en una pronunciación muy esmerada en la lectura en voz alta. Pese a que algunas de estas voces han recuperado a lo largo de la historia el grupo consonántico culto, como en el caso de *octubre*, o se hayan quedado en un estadio intermedio, como sucede en *fruto*, durante el siglo XIII, al menos en lo que respecta a las escribanías leonesas, se encuentra ampliamente generalizada la palatalización, pues son mayoritarias las formas con *ch*, seguidas, a una enorme distancia, por aquellas en las que la antigua consonante implosiva se debilita —[tʃ]— o se pierde totalmente —[t]—.

³³ Que parece tratarse de un error de transcripción de *feia*, puesto que al final de un renglón aparece escrito *fei*, y al comienzo del renglón siguiente *ia*.

³⁴ Más al sur, en un documento redactado en tierras salmantinas en 1269, J. R. MORALA (1992: 213) registra la forma *peidos*.

³⁵ Recordemos además que R. MENÉNDEZ PIDAL (1950: 60 y 61, § 8₁) registraba el uso de la grafía *g* con valor [ç] desde mediados del siglo X (*Sangones*, en un documento del año 943), convirtiéndose en una grafía muy extendida en la Península duran-

siderar estos ejemplos como confusiones gráficas relacionadas con el proceso de ensordecimiento de las sibilantes ya mencionado.

Nuevamente debemos llamar la atención sobre el hecho de que buena parte de los trueques gráficos que afectan al sonido [tʃ] en favor de las grafías *i, j, g* se producen especialmente en préstamos de origen galo (*iapusador, jancellor, jantre, soiantre*) y en nombres propios (*Arcauoia, Sanga y Sangez*). Se trata de una distribución poco aleatoria de la que podemos extraer diversas conclusiones: en lo que atañe a los galicismos, es muy probable que éstos hubiesen sido adaptados con una pronunciación africada [dʒ], de ahí que, al iniciarse el proceso de ensordecimiento, sean los primeros en mostrar este rasgo mediante el empleo del dígrafo *ch*; por lo que respecta a los topónimos y antropónimos, bien pudiera ser que, en algunos casos, el empleo de grafías «anómalas» se debiera a una particular pronunciación o evolución —paralela a la más general— de determinados nombres propios.

Además, debemos tener en cuenta que los nombres propios por regla general no solían figurar en los formularios empleados en las notarías, como tampoco podían coincidir con los topónimos y antropónimos que figuraran en otros documentos anteriores de los que se sirvieran los escribas como modelo a la hora de redactar un determinado documento. Esta circunstancia obligaría al copista, ante la ausencia de un referente gráfico visual, a recurrir a su pronunciación de estos nombres, y no a la supuesta etimología, a la hora de transcribirlos. Daría así cabida en sus escritos a dos fenómenos (el ensordecimiento de las sibilantes y el carácter africado de la sibilante prepalatal sonora) que de otra forma, en las voces más usuales, quedarían fuera de la escritura.

De forma más esporádica, y únicamente en la documentación de procedencia central y, especialmente, occidental, registramos el empleo de la grafía *x* en lugar de *ch*. Es lo que sucede en las formas *Sanxo*, en dos documentos leoneses de 1260 y 1283, *deuandixas* y *deuandixos*, en un documento de 1248, *deuandixas*, en un documento de 1253, *Sanxa*, en un documento de 1259, y *maxo*, en un documento de 1268, todos ellos conservados en Carrizo. En este caso concreto, como ya ha señalado J. R. Morala (1993: 105), la confusión, de naturaleza fonética, y no exclusivamente gráfica, sería achacable al origen provenzal de determinados escribas asentados en las notarías leonesas, los cuales, según era costumbre en su lengua materna, tendían a confundir los sonidos [ʃ] y [tʃ], ambos sordos y palatales, a causa de la desafricación del segundo.

2.5. La lateral palatal sonora [ʎ]

La lateral palatal [ʎ] posee en leonés muy diversos orígenes, pues además de ser fruto de la palatalización de la geminada latina -LL-, origen que comparte con el castellano, también procede de la palatalización de L-, del grupo [-ld-] primario y secundario y, en los confines más orientales del dominio, de la asimilación de los grupos PL, KL y FL, al igual que sucede nuevamente en el vecino castellano. La lateral [ʎ] fue también el primitivo resultado de los grupos -LJ-, -KʰL-, -GʰL-, -TʰL-, aunque, precisamente para evitar su confluencia con esta nueva lateral, modifica su articulación en favor de un resultado centralizado, [j].

La representación de la [ʎ] procedente de -LL- en la documentación romance leonesa del siglo XIII co-

re a cargo indistintamente de las grafías *ll* y *l*, que hacen alarde de una total permeabilidad gráfica ya desde la época de los orígenes, según atestiguaba R. Menéndez Pidal (1926 [1999]: 54, 5_{6,7}) en documentos latinos de los siglos X y XI, donde alternaban por igual el dígrafo *ll* (*amarello*) y la grafía simple *l* (*kabalo*, *repolar* ‘rebollar’, *Solanco* ‘Sollanzo’).

El empleo de la grafía *l* con valor palatal en la evolución de -LL- predomina, en líneas generales, durante la primera mitad del siglo XIII, especialmente en la documentación de Carrizo, en los dominios occidentales, mientras que decae en intensidad conforme nos desplazamos hacia el oriente, pues el número de ejemplos se reduce considerablemente en León y, en mayor medida, en Sahagún³⁶. Ya en la segunda mitad de la centuria, se aprecia una drástica disminución en el uso de la grafía *l* en los *scriptoria* orientales, que resulta ser menos acusada en la antigua capital, mientras que en la documentación de Carrizo sigue siendo más constante³⁷. De forma paralela, tiene lugar el aumento de frecuencia en el uso del dígrafo *ll*, que, en líneas generales, siempre disfrutó a lo largo de la centuria de mayor cultivo en las escribanías orientales y centrales que en las occidentales.

Tanto en el empleo dominante de *l* en las tres colecciones durante la primera mitad del siglo, así como en la hegemonía de *ll* durante la segunda mitad, podría verse, conjuntamente con una redistribución interna de los usos gráficos del subsistema lateral, la sucesiva influencia, respectivamente, de los usos gráficos mayoritarios del gallego-portugués (donde -LL- > [l], grafiada *l*), por un lado, y del castellano (donde -LL- > [ʎ], representada mayoritariamente por la grafía *ll*). Los *scriptoria* del antiguo reino de León se encontrarían, por lo tanto, enclavados en el centro de un *continuum* gráfico en el cual el empleo de *ll* para reflejar la evolución de -LL- decrece conforme nos desplazamos hacia el occidente, mientras que, por el contrario, el uso de *l* tiende a disminuir conforme nos aproximamos al centro peninsular, hasta el punto de que la tradición escrituraria cancelleresca tiende a desterrar el empleo de *l* a partir del reinado de Fernando III³⁸.

De forma muy esporádica se registra el empleo de otras grafías distintas a *ll* y *l* para la representación de [ʎ] < -LL-. Tal es el caso del dígrafo *li*, protografía de la grafía latina LI, cuyo referente fonético ha-

te los siglos X y XII, cuando desbanca a otras grafías (*c*, *z*) menos apropiadas para reflejar el carácter palatal del sonido [tʃ]. Para la frecuencia y cronología con la que se emplea la grafía *g* en la representación de [tʃ] durante la Edad Media, cfr. TORREBLANCA 2002.

³⁶ En términos porcentuales absolutos referidos al conjunto del siglo, los ejemplos de la grafía *l* con valor [ʎ] suponen cerca del 40% de los casos en la documentación de Carrizo (donde están distribuidos en alrededor del 56% de los documentos), en torno al 23% en la documentación de León (donde figuran en el 48% de las cartas consultadas), y cerca del 16% de los ejemplos en la documentación de Sahagún (donde se encuentran repartidos en casi el 35% de las cartas).

³⁷ Así, en Sahagún el empleo de la grafía *l* empieza a descender a partir de la década de los cincuenta, y alcanza sus índices de representación más bajos en las dos últimas décadas, cuando tan sólo aparece en el 10% de la documentación. En los *scriptoria* del antiguo concejo de León, la presencia de la grafía *l* con valor [ʎ] pasa del 80% en la primera mitad del siglo hasta situarse en torno al 30% en las dos décadas finales de la centuria. Muy diferente es el panorama gráfico en la documentación occidental de Carrizo, donde *l* había sido la grafía mayoritaria durante la primera mitad del siglo, y en la segunda mitad aún sigue presente en torno al 50% de los documentos conservados.

³⁸ Cfr. SÁNCHEZ-PRieto (1998: 124).

bía alumbrado hacía siglos un primitivo estadio [ʎ]. El fuerte apego de la escritura notarial a los modelos latinos, como ya hemos visto, favoreció que durante muchos años después de la generalización del romance escrito perviviese el empleo de las grafías *li*, *ll* y *l* en la representación de la [y] procedente de [ʎ] < -LJ- y grupos análogos, lo que a su vez permite que, en ocasiones muy esporádicas, y en contra de la etimología, se recurra también al dígrafo *li* en la representación de [ʎ] de otros orígenes, como se observa en las voces toponímicas *Viliegas* y *Seuilia* y en el nombre común *cappelian*. Al origen etimológico del dígrafo *li* se suma, además, la condición de marca de palatalidad de la grafía *i*.

Una variante del dígrafo anterior es *il*, resultado de la inversión de sus miembros, práctica no del todo infrecuente en la representación de los sonidos palatales. Hallamos ejemplos de este dígrafo en los topónimos *Gailizia*, *Mansieila* y *Uiila*, así como en el sustantivo común *sieillos*. Otra variante del dígrafo etimológico *li*, recogida en la forma *Seuilya*, es *ly*, en el que las grafías *i* e *y* comparten nuevamente sus valores, en este caso como marca de palatalidad. Una tercera variante es la forma *lli*, que parece resultar de la aglutinación de las grafías etimológicas *ll* y *li*; se trataría de un reforzamiento en el que la palatalidad viene indicada tanto por la reduplicación de la consonante como por la presencia de la *i* como índice de palatalidad. Hallamos este grafema en los topónimos *Galliegos*, *Seuillia* y *Villiegas*. Esta grafía, mediante la técnica de la inversión, da lugar a una nueva grafía, *ill*, de muy escasa productividad en la documentación leonesa, pues tan sólo la registramos en una ocasión, en el topónimo *Siuilla*³⁹.

Finalmente, registramos también de forma ocasional la presencia del dígrafo *lh*, donde la grafía *h* actúa como marca de palatalidad. Se trata de un dígrafo de origen provenzal que, traído al oeste peninsular por la peregrinación a Santiago, es prontamente adoptado por la tradición escrituraria portuguesa (pero no así la gallega, que se decanta por el dígrafo *ll*), aunque no goza de igual éxito en las demás tradiciones romances peninsulares. Su empleo en la documentación leonesa es bastante escaso, y su aparición parece deberse fundamentalmente a la presencia en los *scriptoria* leoneses de escribas de origen occitano. Tal es el caso de un documento de Sahagún compuesto en 1239 en el que figura el antropónimo *Guilhem*, y cuyo autor, en los restantes casos de representación de la [ʎ], recurre al empleo del dígrafo etimológico *ll*. También se emplea este dígrafo en la voz *filho*, recogida en un documento sin firma compuesto hacia mediados del siglo XIII, y cuyo autor podría haber conservado en su lengua materna el estadio [ʎ] del grupo -LJ-.

Por lo que respecta a la representación de la [ʎ] procedente de la palatalización de L-, [-ld-] y PL, KL y FL, el empleo de la grafía simple o de la geminada depende del lugar que ocupe la consonante en la palabra. Así, en interior de palabra, predomina mayoritariamente la grafía *l*, pues, en el caso de L- y PL-,

³⁹ Nótese que buena parte de estas grafías «anómalas» recaen muy frecuentemente en la voz *Sevilla*, lo cual podría deberse a la coexistencia de diversas variantes fonéticas del topónimo, habida cuenta de su origen árabe, *Isbiliya*, donde la secuencia originaria árabe *-iliy-* podría haber dado lugar a diversas combinaciones: la más extendida [íʎ] y las hipotéticas secundarias [íʎj], [íʎʎ], [íʎʎj], [ʎij], etc. También conviene señalar que estas variantes tienden a concentrarse en documentos redactados en los años centrales del siglo XIII, desde las primeras apariciones de este topónimo en la documentación hasta mediados de la década de los sesenta, por lo que también es muy probable que el influjo del castellano, ejercido a través de la documentación cancillerescas, favoreciera la generalización de la forma *Sevilla*, como podría deducirse de la circunstancia de que las formas «anómalas» cesan en primer lugar en Sahagún, en el año 1264, mientras que en León y Carrizo desaparecen más de una década después.

KL- y FL-, la distribución defectiva de las laterales, por la que en posición inicial tan sólo habría [ʎ], hacía innecesario el abandono de la grafía etimológica *l* (además de que resultaba más económica, al tratarse de una grafía simple), pues no habría riesgo de confusión en la lectura con una inexistente [l-] inicial.

Por el contrario, en interior de palabra donde conviven [ʎ] (< -LL-, [-ld-], -PL-, -KL-, -FL-) y [l] (< -L), con el fin supuesto de evitar posibles ambigüedades, predomina el empleo de la grafía geminada, como se observa en la palatalización de [ld], donde los diversos ejemplos de *ll* (*alcalle, Allonza, Bernallo, cabillo, callera, esmeralla, Fronille, mallito, Rollan, Sallanna, sollos, Tiballo*) contrastan ampliamente con un único caso de *l* (*Alonza*)⁴⁰, o en los derivados de -PL-, -KL-, -FL-, en los que sólo registramos el dígrafo *ll* (*allamos, allego y alleguo*).

A partir de la segunda mitad del siglo XIII parecemos asistir en los *scriptoria* leoneses a un tímido intento de homogeneizar la representación de [ʎ] independientemente de su lugar en la palabra, generalizando el empleo del dígrafo *ll* también en posición inicial. Sin embargo, se trata de una práctica que tiene muy escasa acogida, quizás por el advenimiento por esas mismas fechas de los usos escriturarios cancellerescos, de notable impronta castellana, donde no se vería con muy buenos ojos la palatalización de L-, que sería considerada como un rasgo excesivamente rústico o dialectal⁴¹.

2.6. La nasal palatal sonora [ɲ]

El sonido nasal palatal sonoro [ɲ] es posiblemente el que posee una mayor diversidad de orígenes, pues, además de los más usuales -NN- y -NJ-, también hunde sus raíces en las secuencias latinas -NM-, -NMJ-, -NT'N-, -M'N-, -GN-, -NG- y -NG'L-. Esta diversidad genética tuvo, lógicamente, su correlato en el plano gráfico, pues ya desde los orígenes del romance escrito, en documentos latinos leoneses de los siglos X y XI, registra R. Menéndez Pidal (1926 [1999]: 49-52, § 4_{1,5-7}) grafías de base etimológica —aunque no necesariamente aplicadas a una nasal de su mismo origen— tales como *ni* (*deganía* < DECANIAM, *Kastanio, tamania, uinias*), *nn* (*connomento, escannos, Kannizo, Monniz, penna, Rianno*), *nni* (*Rianño*), *gn* (*cognomento*) o *mgn* (*domgna*)⁴². Destaca, por su carácter episódico, el dígrafo *cn* que aparece en la forma toponímica *Castacnedo*, registrada por J. R. Morala (2004: 616) en un documento leonés de mediados del siglo XI, y donde la *c* parece funcionar como índice de palatalidad de la *n*, adoptando así una de las funciones de la grafía *g*, su homóloga en otros contextos.

Con la definitiva eclosión de la escritura en romance pervive, no obstante, esta diversidad gráfica en

⁴⁰ Se aborda más detalladamente la palatalización de [ld] y su representación gráfica en la documentación astur en MARCET 2008b.

⁴¹ Para un estudio más detallado del tratamiento de la evolución de [l-] en la tradición documental astur a ambos lados de la cordillera, cfr. GARCÍA ARIAS (1988: 116 y 117), GARCÍA ARIAS (2003: 207-209), GARCÍA GIL 2006, MARCET 2007 y VIEJO (2005: 126-131).

⁴² Otras grafías registradas durante la Edad Media en otras tradiciones peninsulares son: *in, inn, nmi, nj, nnj, nny, nnh, gnn, nig, ign* (ALVAR 1953: 28-31), (ALVAR 1973: 22-27), (MENÉNDEZ PIDAL 1926 [1999]: 49-52, § 4) y (PÉREZ GONZÁLEZ 1985: 95 y 96). Para otros textos leoneses, cfr. también (CARRASCO 1987: 165-68), GARCÍA ARIAS (1995: 632) y ORAZI (1997: 336 y 340).

la representación de [ɲ], si bien es innegable el predominio del dígrafo *nn* (*annado, anno, annual, cabannas, Ciguenna, compagnoero, connosco, cunnado, danno, dannado, donna, enpennar, extranna, insinnar, Mannana, ninno, pennoren, rennando, sennal, sennor, sennorio, tinnoso, uinna*). Sin duda esta hegemonía gráfica se vio favorecida tanto por ser este étimo, la geminada nasal, uno de los más productivos en cuanto a la creación de la palatal, como por el valor de la geminación gráfica como índice de palatalidad (como también sucedía con el dígrafo *ll* en la representación de [ʎ], y, durante los orígenes, y en bastante menor medida, con *cc* para [tʃ], *ss* para [ʃ] o *ii* para [j]).

Al igual que sucede en la representación de la lateral [ʎ], la segunda grafía en importancia, en términos cuantitativos, es la simple *n* (*anados, anos, cabbana, Castanera, companero, constrenir, cunado, dano, dona, destranos, penorar, pequena, quinon, Rousinol, senior, senorio, sinal, stranos, uina*). La alternancia entre ambas grafías es total a lo largo del siglo, como prueba su aparición conjunta aplicada a un mismo término dentro de los márgenes de un mismo documento⁴³. Al igual que sucede con las grafías representantes de [ʎ], *ll* y *l*, el empleo de la simple *n* tiende a disminuir conforme avanza el siglo XIII, en beneficio de *nn*, en un posible intento de equiparar la palatalidad con la presencia de grafías geminadas.

Con relativa frecuencia registramos el dígrafo *ni*, donde la presencia de la *i* parece justificada tanto por su condición de marca de palatalidad como por las reminiscencias de la antigua *yod* que provocó la palatalización de la nasal. Quizás sea ello lo que motiva que este dígrafo tan sólo aparezca en voces con *-NE-* o *-NJ-* en su étimo, como es el caso de los derivados de ADLATENĚUM (*alledanios*), ARMENIUM (*arminias*), *COMPANIAM (*compania, companias*), EXTRANĚUM (*estranio, extrania*) o SENĚOREM (*senior, seniores*), así como de los nombres propios *Monioz, Ordonio y Saldania ~ Sallania*. De forma más esporádica se documenta la conservación de la grafía etimológica *ne* en contextos plenamente romances, como observamos en *spontanea*, presente en un documento occidental de 1252, y en *uinea, uineas* (< VINĚAM), recogidas en diversos documentos de León y Carrizo compuestos entre 1251 y 1262, año en que parece abandonarse esta grafía en beneficio de otras que reflejan mejor el carácter palatal del sonido.

De forma muy puntual hallamos variaciones del dígrafo *ni*, como es el caso de *ny*, registrada en la voz *estranya*, en un documento de 1287 conservado en León⁴⁴, así como de la grafía aglutinante *nmi*, presente en las formas *estrannia*, en otro documento leonés de 1285, y *Saldannia*, en dos documentos de Sahagún de 1282 y en otro de León de 1289. Parece tratarse de un error de copia, y no de una inusual

⁴³ Es lo que sucede, por ejemplo con las formas *donna* y *dona* (recogidas, por limitarnos tan sólo a los dos primeros tercios del siglo XIII y al archivo de la catedral leonesa, en los documentos nº 2102, 2103, 2105, 2118, 2190, 2208 y 2217), *sennorio* y *senorio* (en el documento nº 2026) y *uinna(s)* y *uina(s)* (en los documentos nº 2154, 2159, 2211 y 2215).

⁴⁴ A la que podríamos sumar las formas *testemonyas* y *testemnyo*, recogidas en un documento de León de 1293, donde podría haberse producido la palatalización de la secuencia [ɲj], a juzgar por la presencia en esa misma colección de formas del tipo *testemunno*; aunque tampoco se puede descartar la conservación de la antigua pronunciación, al tratarse de una voz de origen culto. X. VIEJO (1993: 30) también registra la variante *testemunnias* en un documento asturiano de San Bartolomé de Nava de 1297. También encuentra este autor una variante de la grafía *ny* consistente en la reduplicación de la nasal; se trata de la forma *brannyas*, presente en otro documento de Nava de 1375.

grafía *nin*, la forma *vinina*, pues en el resto del documento, compuesto en 1260 y conservado en Carrizo, se emplean las formas *uinas* y *vina*.

También posee un origen etimológico el dígrafo *gn*, que aparece muy frecuentemente en los derivados de REGNUM (*regno*, *regnando*, *rregnante*), SIGNALEM (*segnal*, *signa*) y SIGNUM (*signo*)⁴⁵; sin embargo, en estos casos no son descartables pronunciaciones conservadoras como [jn] o [gn]⁴⁶. A favor de estas dos últimas soluciones estaría la aparición de formas del tipo *reygno*, documentada por P. Sánchez Prieto (1998: 152), y que parece remitir a la pronunciación moderna [réino], o *recgno(s)* y *recgnaua*, presentes en dos documentos occidentales compuestos en 1257 y 1259, y en las cuales los escribas parecen haber querido reforzar el valor consonántico pleno de la grafía *g*, [g], añadiéndole una *c*, para no confundirla con una marca de palatalidad de la *n*. Por su parte, parecen muestras evidentes de la palatalización del grupo [gn] formas del tipo *rennando*, *sinnal*, *sinnas* ‘señas’ o *sinno* ‘signo’, como también podría atribuirse un valor [jn] a la grafía simple de formas como *renando*, *renante*, *senal* o *sino*⁴⁷.

De explicación más compleja parece la secuencia *ngn*, muy frecuente en estas voces: *rengnado*, *rengante*, *rrengno* o *singno*, donde el hecho de que la *g* se encuentre flanqueada por dos grafías nasales podría interpretarse como un indicio de la palatalización del grupo. También podemos considerar ejemplos de palatalización la secuencia invertida *ng* (*rengando*, *rengante*), que figura en dos documentos occidentales de mediados de siglo, o la reduplicación de la nasal en *signnos*, presente en otro documento de Carrizo de 1253⁴⁸. Parece tratarse de un error de copia la forma *renginante*, recogida en otro documento de 1252 conservado en Carrizo, pues se antoja poco productivo el empleo de cuatro grafías para reflejar la palatalidad de un sonido.

Donde no parece haber dudas del valor palatal de la secuencia *gn* es en las voces *agnos*, *dagnado* y *uigna*, recogidas en sendos documentos compuestos, respectivamente, en 1229, 1261 y 1282, y cuya [jn] procede de diversos orígenes (-NN-, -MN-, -NE-). Su presencia en estas voces, en cuyos étimos no figura una *G*, podría considerarse, asimismo, como una nueva prueba del valor palatal de este dígrafo en las voces del tipo *regno*, *signal* o *signo*. Bien pudiera ser que los derivados de REGNUM, SIGNALEM y SIGNUM, hubiesen conocido en la época una doble o triple evolución: una popular (*rennando*, *sinnal*, *sinno*), con palatalización del grupo, una culta (*regno*, *signo*), con mantenimiento del grupo culto (al menos en la escritura y en la lectura esmerada en voz alta) y otra semiculta (*renando*, *sino*), con simplificación del grupo. En este sentido, el carácter poligráfico de la escritura medieval, permitiría que la secuencia *gn* pudiese ser leída indistintamente bien como [jn], [gn] o [n].

Finalmente, registramos de forma episódica el empleo del dígrafo *nh*, en el que la grafía *h* vuelve a ejercer como índice de palatalidad. Se trata de un dígrafo de origen provenzal que en el siglo XIII pasa a la escritura portuguesa, pero no así a las restantes tradiciones escriturarias peninsulares, donde su em-

⁴⁵ Y que para X. VIEJO (1993: 30) sería un ejemplo de la palatalización del grupo.

⁴⁶ Cfr. SÁNCHEZ PRIETO (1998: 128 y 152).

⁴⁷ Aunque, como ha señalado X. VIEJO (1993: 30), en algunos casos podría tratarse de cultismos adaptados al habla de la época con [n].

⁴⁸ X. VIEJO (1993: 30) también registra la forma *signno* en otro documento asturiano de Nava de 1289.

pleo es muy inusual⁴⁹. De hecho, en las colecciones consultadas tan sólo lo registramos en un documento de Sahagún compuesto en 1239, donde figuran los nombres propios *Arminha* y *Saldanha*, así como en otro documento de 1260 conservado en León, en el que se recogen las formas *companheros*, *senhor* y *senhores*. En ambos casos, los textos parecen haber sido redactados por escribas de origen franco, lo que justificaría el empleo de este dígrafo.

3. CONCLUSIONES

En líneas generales, podemos observar que los *scriptoria* leoneses han fijado muy tempranamente las grafías correspondientes a la representación de las consonantes palatales, pues, con el abandono del latín y la generalización de la escritura en romance, apenas hay rastros de vacilación o experimentación gráfica. Especialmente uniformes se muestran en su representación las consonantes sordas, [ʃ] y [tʃ], para las que, salvo casos bastante puntuales, tan sólo se registra una única grafía: *x* y *ch*, respectivamente.

Distinto es el caso de las consonantes sonoras, que hacen gala de un mayor poligrafismo. Tal es el caso de la fricativa o africada prepalatal [ʒ], la cual, a consecuencia de sus múltiples orígenes, entre los que se encuentran *j* y *g*^{e.i}, generalizó ya desde finales del siglo XII el empleo de *i*, *j* ante cualquier vocal (aunque preferiblemente de la serie central o posterior) y el de *g* ante vocal de la serie anterior.

También la etimología, así como el prestigio de la vecina literatura gallego-portuguesa, parecen posibilitar que hasta bien avanzado el siglo XIII se siga empleando la grafía *li* junto con *ll* y *l* en la representación de la fricativa mediopalatal [j]. Asimismo, durante los primeros años de generalización de la escritura en romance fue habitual en las notarías leonesas, muy especialmente en las de Sahagún, el uso de la grafía *i* con este mismo valor, sin duda apoyado por su origen etimológico en casos como el de [májo] < MAIUM. Predomina, no obstante, a partir de la segunda mitad de la centuria, en líneas generales, el empleo de la grafía *y*, que, a pesar de carecer del prestigioso respaldo etimológico de las anteriores, se muestra mucho más eficaz, en tanto que no resulta ambigua, en la representación de la [j]. Su hegemonía, empero, dura poco tiempo, en lo que se refiere a la representación de la solución mediopalatal procedente de -LJ-, -K'L-, -G'L-, -T'L-, pues ya desde finales del reinado de Alfonso X empiezan a propagarse por las escribanías leonesas —en primer lugar en las orientales y centrales y posteriormente en las occidentales— los usos gráficos castellanos, que sustituyen la autóctona *y* por las grafías *i*, *j*, *g*, más acordes con la solución que estos grupos habían alcanzado en la vecina Castilla.

En el caso de la palatal lateral [ʎ] y de la nasal [ɲ], ambas reparten su representación indistintamente entre dos grafías mayoritarias: las geminadas *ll* y *nn* y sus correlatos simples *l* y *n*, lo que constituye un claro ejemplo de la enorme permeabilidad gráfica de la escritura medieval, pues estas mismas grafías, y en menor medida las dobles, eran también empleadas en la representación, respectivamente, de las alveolares [l] y [n]. Se observa, no obstante, a medida que avanza el siglo, una incipiente predilección por los dígrafos *ll* y *nn*, sin duda mucho menos ambiguos que las grafías simples en la representación de estos sonidos palatales.

⁴⁹ Cfr. MENÉNDEZ PIDAL (1926 [1999]: 52, § 4_o).

Muy raramente registramos el empleo de grafías distintas: como *s*, *ss* o *y* para [ʃ]; *h*, *cih*, *cyh*, *chg*, *i*, *j* o *g* para [tʃ]; *hi*, *ih*, *jh*, *h* o *ch* para [dʒ]; *hy*, *yh*, *hi*, *h* o *x*, para [j]; *il*, *ly*, *lli*, *ill* o *lh* para [ʎ]; y *ni*, *ne*, *ny*, *nni*, *gn*, *gnn* o *nh* para [ɲ]. Estos usos gráficos, que podríamos considerar anómalos, suponen menos del 1% de los ejemplos en cada caso, y su aparición puede deberse a muy distintos factores.

En primer lugar conviene recordar que un buen número de estas grafías tiende a aparecer, en contra de lo que cabría suponer en un principio, en documentos redactados a partir de la segunda mitad del siglo XIII, momento en el que sería esperable una mayor estabilidad de la escritura en romance, por lo que, salvo en los documentos más tempranos, resulta poco probable que puedan achacarse a la impericia de los escribas. Más bien habrá que pensar que, en algunos casos, responden a intentos conscientes por parte de los copistas de buscar la *variatio* gráfica por medio de la experimentación o la innovación con fines estilísticos.

En otras ocasiones, estas grafías se deben a la presencia en los *scriptoria* leoneses de escribas procedentes del sur de Francia, traídos muy posiblemente a la Península por la peregrinación a Santiago o la expansión de la Orden de Cluny, y que, ocasionalmente, dejan traslucir en sus escritos las grafías (*nh*, *lh*) o las peculiaridades fonéticas (la desafricación de la [tʃ], con la consiguiente confusión entre *ch* y *x*) de su lugar de origen.

Tampoco debemos olvidar que, por su ubicación geográfica, el romance astur se muestra especialmente receptivo al influjo de otras tradiciones escriturarias romances peninsulares, como son la gallego-portuguesa, al occidente, y la castellana, al oriente. Aunque conviene precisar que muchos usos gráficos, especialmente los que se manifiestan de forma notable desde época muy temprana, parecen deberse, más que a la influencia de estas tradiciones escriturarias vecinas (que, sin duda, también debió de ser importante), a la existencia de un *continuum* gráfico norteño peninsular (paralelo, aunque no necesariamente coincidente, con el fonético) que tendría sus dos extremos en Galicia y Castilla (posiblemente con prolongación hacia el oriente), por lo que los *scriptoria* leoneses, al quedar enclavadas en el centro, serían testigos de primer orden del tránsito paulatino de unos usos gráficos a otros.

El incipiente proceso de ensordecimiento de las sibilantes, que se habría iniciado en el leonés a partir del segundo tercio del siglo XIII, parece propiciar otro tipo de confusiones fonéticas: las que se dan entre las grafías representantes de las fricativas [ʃ] y [j], por un lado, y las africadas [dʒ] y [tʃ], por otro.

Finalmente, la etimología o el hecho de que algunas grafías que comparten la representación de un sonido en determinados contextos extrapolen su capacidad de intercambio a otros contextos, ampliando así sus valores fonéticos, nos permite explicar otra serie de usos gráficos en apariencia anómalos (como el de *i* con valor [j] o el de *s* con valor [ʃ]). Tampoco debemos olvidarnos del importante peso de la tradición latina, que propicia en determinados casos, aun a costa de contravenir el principio de adecuación fonética, el mantenimiento o la recuperación de las grafías etimológicas, así como la existencia de variantes socioculturales —no sólo gráficas, sino también fonéticas— de tendencia cultista⁵⁰.

⁵⁰ Como ha señalado acertadamente M. J. MANCHO (1996: 135).

Conviene recordar, asimismo, que una gran parte de estas grafías esporádicas se concentran en documentos redactados en las notarías de León y, especialmente, en Carrizo, que contrastan así con la mayor regularidad ortográfica de las escribanías de Sahagún, más proclives, por su proximidad geográfica, a los usos gráficos emanados de la cancillería real unificada y del *scriptorium* alfonsí, caracterizados igualmente por una cierta homogeneidad.

Otra circunstancia llamativa que hemos podido observar a lo largo de estas páginas es que el empleo de las grafías más llamativas tiene lugar con especial frecuencia en los nombres propios, que parecen mostrarse mucho más receptivos que los nombres comunes a la experimentación gráfica o al reflejo en la escritura de determinados fenómenos fonéticos en proceso. Esta mayor «libertad» gráfica de los nombres propios estaría determinada no tanto por la particular idiosincrasia de topónimos y antropónimos, sino por su peculiar relación con el conjunto del documento notarial. El proceso de redacción de un texto de estas características consistía fundamentalmente en un proceso de copia de un documento previo de similar temática que servía como modelo, a lo que cabía añadir la ayuda que aportaban los formularios. En estos formularios, lógicamente, no solían figurar los nombres propios concretos, como tampoco era fácil que coincidieran los topónimos y antropónimos que debían figurar en el nuevo documento con aquellos que aparecían en el texto que servía como modelo.

La ausencia de un referente gráfico concreto propiciaría que los escribas, a la hora de redactar un nombre propio, no tuviesen mayor guía que su pronunciación, por un lado, y su pericia y bagaje escriturarios, por otro, lo que tendría una doble consecuencia. Por una parte, desde un punto de vista fonético, permitiría que en la redacción de estos términos se reflejaran de forma esporádica las vacilaciones propias de una lengua en proceso de cambio, o bien las peculiaridades fonéticas de un nombre concreto (especialmente frecuentes, al parecer, en los préstamos) o las variaciones idiolectales o diatópicas de un escriba determinado, y que, en lo que se refiere a la mayor parte de los nombres comunes, permanecían mudas entre la arcaizante maraña de formulismos y cláusulas fijas que vertebran los documentos notariales. Por otra parte, y limitándonos al plano gráfico, les ofrecería a los copistas —al menos a los más versados en la práctica de la escritura— una mayor opción de libertad o experimentación formal, con la que romper la monotonía y reiteración lingüística de los textos notariales (mediante el empleo de grafías del tipo *cih*, *cyh* o *chg*) o bien con la que marcar el origen foráneo de determinadas palabras (casos de *jh*, *ih*, *hi*, *yh* o *hy*).

En este sentido, la gran variabilidad gráfica que muestran algunos documentos notariales, donde nos encontramos con un empleo en apariencia totalmente aleatorio de diversas grafías, así como la presencia esporádica de determinadas combinaciones gráficas, nos inducen a suponer que semejante panorama gráfico no responde únicamente a la enorme permeabilidad de las grafías del sistema escriturario medieval, tan proclive a los usos poligráficos y polifónicos, sino que, en ocasiones, parece haber por parte de algunos escribas una búsqueda consciente de la *variatio* como recurso estilístico, el único que les estaría permitido dentro del rígido encorsetamiento que marcaba de principio a fin, prácticamente con visos de legalidad, la composición de todo documento notarial.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAR, Manuel (1953): *El dialecto aragonés*. Madrid, Gredos.
(1968): *El Fuero de Salamanca. Lingüística e Historia*. Granada, Universidad de Granada-CSIC.
(1973): *Estudios sobre el dialecto aragonés*, I. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- ARIZA VIGUERA, Manuel (1994): *Sobre fonética histórica del español*. Madrid, Arco Libros.
- CABRERA MORALES, Carlos (1991): «Reconsideraciones sobre el problema de -LY-, -K'L-, -G'L- y -T'L- en el antiguo leonés», en *Anuario de Estudios Filológicos* XIV: 51-62.
(2000): «Reflexiones sobre grafemática histórica. Usos y mecanismos grafémicos en los documentos romances primitivos», en *Cuestiones de actualidad en lengua española*. Ed. de Julio Borrego Nieto, Jesús Fernández González, Luis Santos Ríos y Ricardo Senabre Sempere. Salamanca: Instituto Caro y Cuervo-Universidad de Salamanca: 161-169.
(2002): «La ortografía de los documentos alfonsíes», en *Studia Humanitatis in honorem Antonio Cabrera Perera*. Ed. de Germán Santana Henríquez y Victoriano Santana Sanjurjo. Las Palmas, Universidad de Las Palmas: 365-412.
- CARRASCO CANTOS, Pilar (1987): *Estudio lingüístico del Fuero de Zamora*. Málaga, Universidad de Málaga-Universidad de Salamanca-Colegio Universitario de Zamora.
- CHAMORRO MARTÍNEZ, José M^a (1992): «Sobre la aspiración de palatales en la Edad Media», en *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Madrid, Pabellón de España, s. a.:vol. I: 237-245.
- GARCÍA ARIAS, Xosé Lluís (1995): «Las «scriptae» asturianas y leonesas», en *Lexikon der Romanistischen Linguistik* (LRL) II, 2. Tübingen, Max Niemeyer Verlag: 618-649.
— (2003): *Gramática histórica de la lengua asturiana*. Oviedo, ALLA.
- GARCÍA BLANCO, Manuel (1927): *Dialectalismos leoneses de un código del Fuero Juzgo*. Salamanca, Imprenta Silvestre Ferreira.
- GARCÍA GIL, Héctor (2006): «Representación gráfica de /-/- en asturianoleonés medieval a la luz de documentos de la catedral de León de la primera mitad del siglo XIV», en *Diacronía, lengua española y lingüística*. Coord. Javier Rodríguez Molina y Daniel M. Sáez Rivera. Madrid, Síntesis: 151-158.
- GARCÍA VALLE, Adela (1995): «Notariado e implicaciones lingüísticas en la colección diplomática del rey de Navarra Teobaldo I», en *Actas del I Congreso de Historia de la Lengua Española en América y España*. Valencia, Universitat de València-Tirant lo Blanch: 261-279.
- LINDLEY CINTRA, Luis F. (1959): *A linguagem dos Foros de Castelo Rodrigo. Seu confronto com a dos foros de Alfaiates, Castelo Bom, Castelo Melhor, Coria, Cáceres e Usagre. Contribuição para o estudo do leonês e do galego-português do século XIII*. Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda [reproducción facsimilar de 1984 de la edición original de 1959, Publicações do Centro de Estudos Filológicos].
- MANCHO DUQUE, M^a Jesús (1996): «Sobre las grafías representantes de LY, K'L, y G'L en los Documentos lingüísticos de Menéndez Pidal», en *Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Madrid, Arco Libros I: 131-145.
- MARCET RODRÍGUEZ, Vicente J. (2002): «La representación gráfica de LY, K'L, G'L en la documentación medieval leonesa: las grafías arcaizantes», en *Res Diachronicae* I: 224-235.
(2003): «De nuevo sobre la castellanización del resultado mediopalatal de -LY- en el leonés medieval», en *Con Alonso Zamora Vicente*, ed. de Carmen Alemany et al., Murcia, Universidad de Alicante, 2003, vol. II: 793-803.
(2005): «Cruce de tradiciones gráficas en el leonés medieval», en *Res Diachronicae* IV: 73-85 [en línea: www.res-di.com].
(2007): «La palatalización de /-/- en el leonés medieval», en *Actas del VI Congreso de Lingüística General*. Madrid, Arco / Libros, vol. II.A: 1189-1199.
(2008a): «La sustitución de los usos gráficos leoneses por los castellanos en la representación de [y] < -LJ- a lo largo del siglo XIII. Nueva aproximación», en *Res Diachronicae* VI: 73-85 [en línea].

- (2008b): «La palatalización de [ld] en el leonés medieval», en *Actas del VIII Congreso de Lingüística General*, ed. de Antonio Moreno Sandoval [en línea: <http://elvira.llff.uam.es/clg8/actas/index.html>].
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1926) [1999, 11ª edición]: *Orígenes del español*. Madrid, Espasa Calpe.
- MORALA RODRÍGUEZ, José Ramón (1992): «Los fonemas /ž, y/ en la documentación medieval leonesa», en *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Madrid, Pabellón de España, vol. I: 207-217.
- (1993): «Las sibilantes en la documentación medieval leonesa», en *Actas del XIX Congreso Internacional de Lingüística e Filología Románica*. A Coruña, Fundación «Pedro Barrié de la Maza, conde de Fenosa», vol. IV: 99-119.
- (2004): «Graffias reales, lecturas imposibles», en *Orígenes de las lenguas romances en el reino de León. Siglos IX-XII*. León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro»-Caja España de Inversiones-Archivo Histórico Diocesano, vol. I: 578-636.
- METZELTIN, Miguel (1995): «Graffias y sonidos del castellano medieval», en *Lexikon der Romanistischen Linguistik*, (LRL) II, 2. Tübingen, Max Niemeyer Verlag: 550-564.
- ORAZI, Veronica (1997): *El dialecto leonés antiguo*. Madrid, Universidad Europea-CEES Ediciones.
- PASCUAL RODRÍGUEZ, José Antonio (1988): «Notas sobre las confusiones medievales de las sibilantes», en *Lingüística Española Actual* x: 125-131.
- PÉREZ GONZÁLEZ, Maurilio (1985): *El latín de la cancillería castellana (1158-1214)*. Salamanca-León, Universidad de Salamanca-Universidad de León.
- SÁNCHEZ-PRIETO BORJA, Pedro (1998): *Cómo editar textos medievales*. Madrid, Arco/Libros.
- SARALEGUI, Carmen (1977): *El dialecto navarro en los documentos del monasterio de Irache (958-1397)*. Pamplona, Diputación Foral de Navarra-Institución Príncipe de Viana-CSIC.
- STAAFF, Erik (1907): *Étude sur l'ancien dialecte léonais d'après des chartes du XIII^e siècle*. Upsala, Almqvist & Wiksell.
- TORREBLANCA, Máximo (2002): «El sistema gráfico-fonológico del castellano primitivo: las consonantes palatales», en *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Madrid, Gredos, vol. I: 417-429.
- VIEJO FERNÁNDEZ, Xulio (1993): «La llingua de los documentos del monesteriu de San Bartolomé de Nava (siglos XIII-XIV)», *Lletres asturianas* 47: 7-48.
- (2005): *La formación histórica de la lengua asturiana*. Oviedo, Trabe.